

TRADICIONES PATRIAS

ESTA PUBLICACIÓN SALE
los días 1, 10 y 20 de cada mes
.....

16 páginas de folletín
de cada una de las obras:

Políticos del Carlismo
Victorias carlistas
Florangel (2.^a parte)
.....

Regalos a los suscriptores
Un año. . . 8 pesetas
(Pago adelantado)
.....

ADMINISTRACIÓN:
Biblioteca Tradicionalista
Aragón, 252
BARCELONA

Barcelona 1 Junio 1913

Cuaderno 16.—20 Cts.

PASATIEMPOS

La Bola de Nieve

Del nublado blanquecino
Que entolda el azul del cielo,
Formada en flotantes copos
Va la nieve descendiendo.

Caen sin descanso, caen,
Y a cada instante más densos,
Hasta que el haz de la tierra
Con un sudario han cubierto.

De aquella blanca llanura
La vista, que nunca vieron,
A toscos niños incita
Como campo de sus juegos.

Entre sus dos palmas, uno,
Muy poca nieve cogiendo,
Pequeña bola moldea
Con agilidad e ingenio.

Y al compás de la algazara
De sus vivos compañeros,
Préstale impulso, y principia
Tumbos a dar por el suelo.

Por do quier que va pasando,
Deja un surco en sus volteos,
De la nieve de la tierra
Que así se le va adhiriendo.

¡Oh prodigio que a los niños
Colma en sin par embeleso!
Después de que en tal faena
Pasan no largos momentos.

La bola aumenta y se abulta
Cual si la inflasen por dentro,
Y ellos rodarla y rodarla,
Y ella creciendo y creciendo.

Y adquiere tanto volumen,
Y tal sube ya su peso,
Que uno no basta, y dos vienen,
Y aun tres juntan sus esfuerzos;

Hasta que la ven tan grande,
Que desanimados ellos,
Se rinden ante aquel mundo
Que con sus manos hicieron.

¡Oh! ¿No veis en ese emblema
Ningún elocuente ejemplo?
Aquesa gigante bola
Sirve al vicio de modelo.

En un goce tiene origen;
Crece y toma enorme cuerpo;
Hasta que postra sin fuerzas
A los que su ser le dieron.

Ratones Bailarines

En el Japón se crían unos ratones
que se pasan la mayor parte del
tiempo bailando sin cansarse

Este pequeño roedor bailarín es
negro y blanco, y tiene los ojos de
color encarnado vivo.

Su peculiaridad más curiosa es
que cuando los ratoncillos de cría
de otras especies empiezan a mo-
verse, el ratón japonés sabe ya
bailar.

Reunidos varios ratones se ponen
a bailar en parejas, y a veces se
agrupan unos cuantos para dar
vueltas vertiginosas. Su movimien-
to es tan rápido que es difícil dis-
tinguir la cabeza de la cola.

Los japoneses dicen que el baile
parece ser tan esencial para la fe-
licidad de estos roedores como los
volatines para las palomas voltea-
doras.

Misceláneas

—Usted me ha engañado—exclama el suegro con furor.—Cuando vino a pedirme la mano de mi hija, me dijo que su posición de usted era decente: que venía usted a salir por unos ocho duros diarios.

—Y no le engañé a usted. Todos los días salgo por ellos, pero nunca los encuentro.

Hablaban de uno que se había muerto sin saber de qué

—Trabajaría demasiado, —dijo uno.

—Lo que es eso sí que no. Era un hombre que nunca hacía nada, jamás se le vió ocuparse en trabajar, ni se molestaba por nadie ni por nada, teniendo como tenía lo suficiente para vivir.

Pues entonces, —dijo otro, —de eso se habrá muerto, porque la ociosidad es capaz de matar al más fuerte.

Reputado Año 1957



XLIII

Don Manuel Simó y Marín

Es el tipo del tradicionalista modelo; austero, de inquebrantable moralidad y de ilustración vastísima. Es abogado y licenciado en Filosofía y Letras, y su despacho es uno de los más acreditados de Valencia, en donde tantos y tan buenos letrados hay y ha habido.

Nació en Onteniente y cuenta ahora cuarenta y un años de edad. Tiene un don especial: el de la simpatía personal que hace que los que le tratan, aunque sean adversarios políticos, se conviertan en sus más fervientes amigos; y una cualidad, la de la elocuencia. Cuando habla en la tribuna las multitudes se electrizan, siguen su palabra como si les sujetase una fuerza magnética, y cuando termina sus contundentes, precisos y abrumadores párrafos, prorrumpen en estrepitosos aplausos.

El Sr. de Simó figura desde su adolescencia en las avanzadas del tradicionalismo. Ha sido por dos veces concejal del Ayuntamiento de Valencia, diputado provincial por el distrito de Serranos, y en unas elecciones parciales para diputados a Cortes que se celebraron en Diciembre del año 1908, un clamoroso grito de la opinión tradicionalista de Valencia le obligó, contra su voluntad, a presentarse candidato. Tuvo enfrente a todos: los de la Liga católica, los conservadores, los liberales, los republicanos y hasta algunos carlistas. Salió derrotado, aunque obtuvo más de seis mil votos, y sus contrarios no tuvieron sino una exigua mayoría sobre él. Con sólo que la Liga Católica le hubiese apoyado, el Sr. de Simó hubiera sido el representante de Valencia, y Valencia se habría

R1013

R. 1830



Ilmo. Sr. D. Manuel Simó,
Presidente de la Junta Regional Jaimista de Valencia

ahorrado el bochorno de las campañas del Diputado republicano D. Félix Azzati en el Congreso.

Poco después fué nombrado Jefe regional de los jaimistas valencianos; el Sr. de Simó resistió más de tres meses, por que es la modestia personificada; pero tuvo que rendirse, y aceptó por fin. Inmediatamente comenzó la obra de la reorganización de los elementos jaimistas en Valencia y su hermosa y noble región. Imposible seguir paso a paso su magna

obra: unos cuantos detalles bastarán para formarse idea de los resultados sorprendentes de su actividad y su talento, pues hay hoy en la provincia de Valencia, solamente, más de trescientas juntas y cuarenta círculos. Se consideraba difícil la vida de un semanario, y ahora tiene un diario, que es honra y prez del tradicionalismo español.

El Círculo de Valencia, situado en un barrio extremo y con una vida lánguida, contaba sólo con unos trescientos socios; hoy ese mismo Círculo es el mejor situado y el más amplio de Valencia; tiene en fin cerca de tres mil socios, con juventud, requeté, escuela, fonda, café y todos los refinamientos modernos.

Una sola idea bastará para indicar quién es D. Manuel Simó: Recuérdese lo que era Valencia hace cuatro años, feudo y sierra del republicanismo. Hoy son los carlistas los que en Valencia imponen su voluntad.

El valor personal del Sr. de Simó se prueba con este hecho: Mandando los republicanos en el Ayuntamiento (en el que hay ya mayoría monárquica, gracias a los jaimistas y a su decidido jefe regional) decretaron que pudieran salir coches y circular por la vía pública los días de Jueves y Viernes Santo. Entonces D. Manuel Simó, al frente de los tradicionalistas, salió a la calle, detuvo por la fuerza a los primeros carruajes, y una hora después no hubo ni un coche que se aventurase a resistir los empujes de aquellos denodados católicos, quedando por ellos la victoria.

Desde hace tres años que el republicanismo valenciano se ve obligado a ser más comedido en sus actos, y ello se debe principalmente a la perfecta organización dada por el Sr. de Simó a los jaimistas, hasta el punto de que lo más difícil, que es el censo jaimista de aquella región, lo tenían ya muy adelantado cuando hace pocos meses tuvimos el gusto de pasar unos días en Valencia.

Don Jaime de Borbón quiere entrañablemente a D. Manuel Simó, y le hace objeto de atenciones y distinciones extraordinarias: todas se las merece quien sacrifica sus talentos, su actividad y su fortuna al servicio de la Causa Católico-Monárquica.

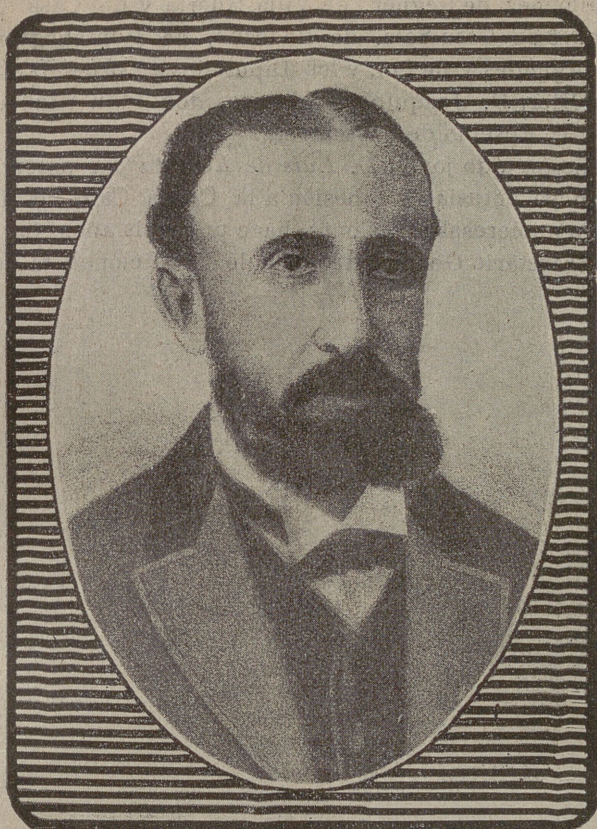
Don Benigno de Rezusta

Hijo de un señor Brigadier de la Marina Real, nació Don Benigno de Rezusta y Ayendaño en San Sebastián el día 18 de Febrero de 1836. Educóse en Inglaterra y en Francia, viajó después durante diez años por el extranjero, y se estableció luego en Madrid, donde se dedicó a trabajos literarios, distinguiéndose como ilustrado colaborador de *El Museo Universal* y de otras ilustraciones de aquella época.

Cuando triunfó la revolución de 1868, fué el señor de Rezusta de los que más coadyuvaron a la propaganda y organización carlistas; en las elecciones del año 1871 fué elegido Diputado a Cortes por Tolosa (Guipúzcoa); durante la última guerra carlista estuvo emigrado, y en el año de 1891 fué elegido otra vez Diputado a Cortes por el mismo distrito que ya le había confiado su representación veinte años antes.

En 1893 fué elegido Senador del Reino por la provincia de Guipúzcoa el señor de Rezusta, quien después de prestar varios servicios al Carlismo, falleció cristianamente en Madrid el día 16 de Mayo de 1895.

Con motivo de su muerte pronunció en el Senado el Teniente General de Artillería del ejército alfonsino D. Eduardo Bermúdez Reina, nobles y sentidas frases que nos duele no recordar textualmente ahora; pero a la par que honraban la buena memoria del ilustre Senador Carlista, constituían como un testimonio de consideración hacia los genuinos representantes políticos de la antigua España, y una prueba de la ca-



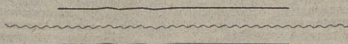
Excmo. Sr. D. Benigno de Rezusta,
Senador del Reino de 1893 a 1895

ballerosidad del digno General ya citado, que no tuvo inconveniente en hacer justicia a sus adversarios políticos.

El entierro del Excmo. Sr. D. Benigno de Rezusta fué palmaria demostración de las muchas simpatías que con sus relevantes dotes de caballero cristiano había sabido captarse; a dicho acto asistieron los generales alfonsinos Azcárraga, Cappa y Pujol; los generales carlistas Berriz, Brea y Sanz; los marqueses de Cerralbo, de Castrillo, de Villadarias, de

Casa-Jiménez, de Reguer, de Villa-Huerta y de Casa Torre; los condes de Casa-Sola, de Rodezno, de Montenegro, de Canga-Agüelles y de Sol, y los Diputados a Cortes D. Matías Barrio Mier, D. Joaquín de Llorens, don Juan Vázquez de Mella y D. Eusebio de Zuvizarreta.

El distinguido joven D. *Luis de Rezusta* ha patentizado también su entusiasta adhesión a la Causa Católico-Monárquica en numerosas ocasiones; hace unos seis años fué nombrado Secretario General del Círculo Tradicionalista de Madrid.



Don Bienvenido y Don Pascual Comín

Nació en Zaragoza el día 22 de Marzo de 1828 *D. Bienvenido Comín*, quien, niño aún empezó ya a padecer por la Causa Católico-Monárquica, pues tuvo que abandonar la patria y trasladarse a Burdeos, donde fijó su residencia su padre, porque fué condenado a la deportación a causa de su adhesión al Carlismo. A los catorce años de edad regresó a Zaragoza, donde cursó, con gran aprovechamiento, la segunda enseñanza y las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras. Estudiante el señor de Comín, intervenía directamente en los asuntos carlistas: figuraba en todas las reuniones de los correligionarios de Zaragoza y daba su parecer en todo lo trascendental del Carlismo aragonés.

Recién salido de la Universidad, tomó parte activa en el alzamiento carlista de la caballería de Zaragoza, que costó la vida al malogrado Capitán Corrales el año 1855; los votos de los carlistas zaragozanos le llevaron al Ayuntamiento de la capital de Aragón, donde conquistó a sus propios adversarios, que no tuvieron inconveniente en unirse a los muchos carlistas de aquella corporación para hacer al señor de Comín su Síndico.

Fundó después el periódico titulado *La Perseverancia*, y en 1869 tuvo que emigrar de Zaragoza; el día 3 de Febrero de aquel mismo año le destinó Don Carlos de Borbón y de Austria-Este a su Consejo provisional de París, y le nombró Secretario suyo, encargado de la sección política y civil; in-



Excmo. Sr. D. Bienvenido Comin,
Sub-Comisario Regio Carlista de Aragón

tervino en la negociación de empréstitos para emprender la guerra y en las gestiones que se realizaron para que el General Conde de Morella se decidiese a trabajar con el ardor y la fe de su juventud por la Causa Católico-Monárquica; fué Presidente de la Junta provincial Carlista de Zaragoza, Sub-Comisario Regio de Aragón por D. Carlos, y figuró en la histórica y célebre Junta de Vevey (Suiza) celebrada el año de 1870.

De regreso en Zaragoza, en época agitadísima por los vientos revolucionarios, escribió *La política tradicional de*

España, folleto de propaganda en que explicaba el credo carlista y combatía las ideas liberales; y volviendo a encargarse de la dirección de los asuntos carlistas de Aragón, desplegó una actividad sin límites, cuidando de preparar todo lo necesario para el alzamiento carlista del año 1872.

Durante la última guerra civil, el poco tiempo que al principio residió en Zaragoza, mantuvo frecuente correspondencia con el Comandante General carlista de Aragón; dió consejos a los conspiradores para salvarse de situaciones comprometidas; entregó su dinero a los carlistas para que se librasen de las persecuciones de que eran objeto ausentándose de Zaragoza; fué encerrado y luego desterrado, teniendo, por fin, que recurrir a la emigración para librarse de una muerte cierta con que se vió amenazado.

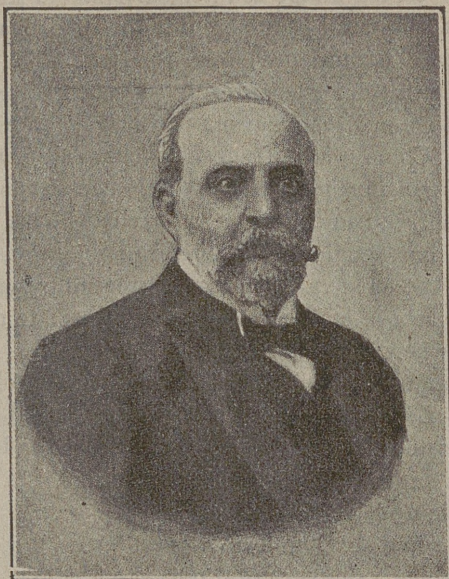
Cuando concluyó la última guerra civil, volvió D. Bienvenido Comín a Zaragoza para ponerse de nuevo al frente de los carlistas y de su bufete, para atender al cuidado de su familia, y en la capital de Aragón le sorprendió la muerte el día 17 de Diciembre de 1880.

Tal fué el señor de Comín como político.

Como católico, se distinguió por el empeño con que trabajó para establecer en Zaragoza las Conferencias de San Vicente de Paúl, empeño que llevó a feliz término, y se distinguió también por lo estrictamente que cumplió el Evangelio, pues se sabe de él que, como conociera a quien en momentos de revolución pidió la cabeza de su padre, le manifestó singular aprecio, y le mostraba a sus hijos diciéndoles: *Quiero que le perdonéis y le hagáis todo el bien posible.*

Como Abogado, a poco de salir de la Universidad figuró muy pronto entre los primeros de Zaragoza el señor de Comín; ejerció la profesión con ardentísima caridad, de tal modo que se le llamaba, y lo era, el Abogado de los pobres y desvalidos; el ilustre Colegio de Zaragoza le nombró individuo de su Junta; formó parte, como vice-Presidente de la Comisión organizadora del Congreso de jurisconsultos aragoneses; y, constituido éste, fué vice-Presidente del Congreso y Presidente de la Sección primera.

Por si todo lo dicho no fuera bastante, de joven, en los ra-



Ilmo. Sr. D. Pascual Comín
Presidente de la Junta Regional Jaimista
de Aragón

tos que las tareas escolares le dejaban libre, y de hombre, en la cárcel, en el destierro, para descansar de sus múltiples ocupaciones profesionales y políticas, a manera de expansión, escribía obras dramáticas, poesías, novelas, meditaciones, tratados de derecho, de política... de todo, porque el talento de Don Bienvenido Comín era universal.

Son sus principales obras, además del folleto antes mencionado y de lo que escribió en el periódico *La Ferseverancia*, las que a continuación se expresan: *Catolicismo y Racionalismo*; *Estudios de la literatura católica del siglo XIX*; *El Catolicismo y la Ciencia del Derecho en sus relaciones con*

la Civilización; Apuntes de literatura Cristiana; Virgen y Mártir; La Virgen María; Angélica; y Cristo Rey.

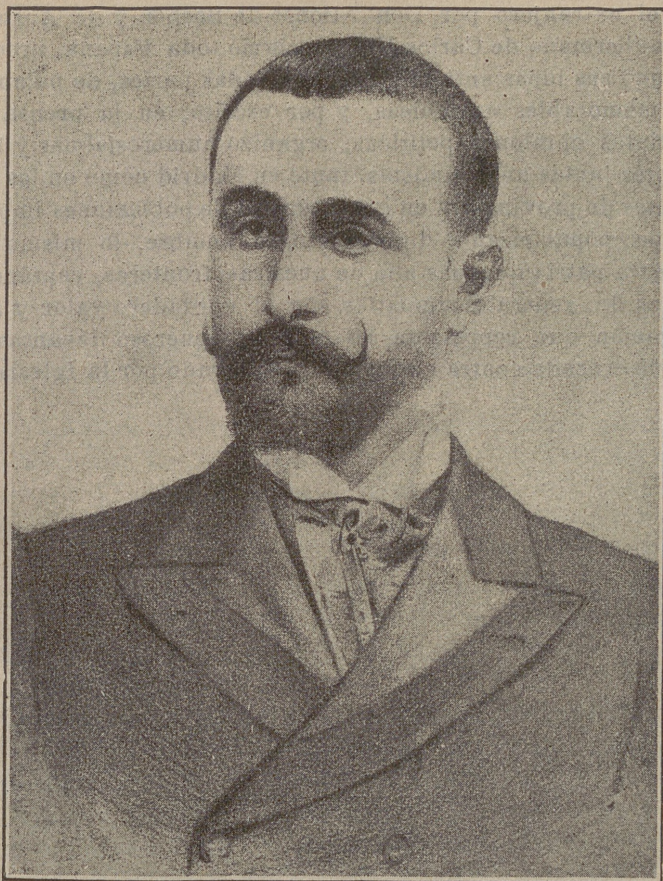
Su hijo *D. Pascual Comín*, notable jurisconsulto aragonés, Decano del ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza, ha prestado también tantos y tan notables servicios a la Causa Católico-Monárquica, que es, en la actualidad, digno Jefe Regional de los jaimistas de Aragón.

El Barón de Albi

Activo propagandista, brillante orador y consecuente político es nuestro antiguo y querido amigo D. Mariano de Montolíu y de Rocabruna, Barón de Albi, uno de los personajes más populares y queridos de la Comunión Católico-Monárquica desde hace muchos años, pues a todas las obras carlistas de importancia fué asociado su ilustre nombre desde que muy eficazmente coadyuvó al feliz éxito del famoso viaje de propaganda carlista que realizó por Cataluña el insigne Marqués de Cerralbo en el año de 1890; por entonces fué nombrado Secretario de la Junta Regional carlista de Cataluña el Barón de Albi, y al más acertado desempeño de los múltiples asuntos en que por ello hubo de entender dedicó toda su actividad y celo entusiasta.

Por sus ideas carlistas su abuelo y su padre sufrieron grandes contrariedades durante la guerra civil de los siete años, y su tío D. Joaquín de Montolíu, que había sido Oficial de la Guardia Real de Fernando VII, alcanzó gloriosa muerte peleando como un bravo bajo las banderas carlistas en los campos de batalla del Norte.

No es, pues, extraño que con tales y tan buenos ejemplos de lealtad y de heroísmo, heredase el Barón de Albi sus ideas excelentes, las cuales ha llevado a los círculos, a los *meetings*, a la prensa, donde quiera que ha convenido proclamar las saludables doctrinas y enseñanzas de la Comunión Católico-Monárquica, viendo premiados sus valiosísimos servicios con

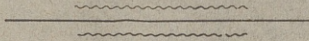


Excmo. Sr. Barón de Albi,
Presidente de la Liga Anti-duelista Española

la llave de Gentil-hombre con que Carlos VII le agració hace ya muchos años, y la alta estimación en que siempre le ha tenido la Familia Real proscripta.

Hace ya unos ocho años inició el infatigable Barón de Albi la propaganda anti-duelista en España, secundando admirablemente los felices trabajos realizados en dicho sentido

en el extranjero por Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este (hermano de Carlos VII); recorrió toda España, proclamando sus ideas anti-duelistas por todas partes, de palabra, en memorables asambleas, y por escrito, en la prensa de distintas opiniones políticas; organizó numerosísimas y brillantes juntas anti-duelistas, tanto en Madrid como en las capitales de provincia y en gran número de poblaciones importantes, popularizando dignamente su nombre, lo mismo en nuestra patria que más allá de nuestras fronteras, captándose, en fin, generales simpatías con el verdadero valor y abnegación que representa su empeño generoso levantando noble cruzada contra el duelo, tan execrado por la Iglesia.



Impreso en la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este

En Madrid, en la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este

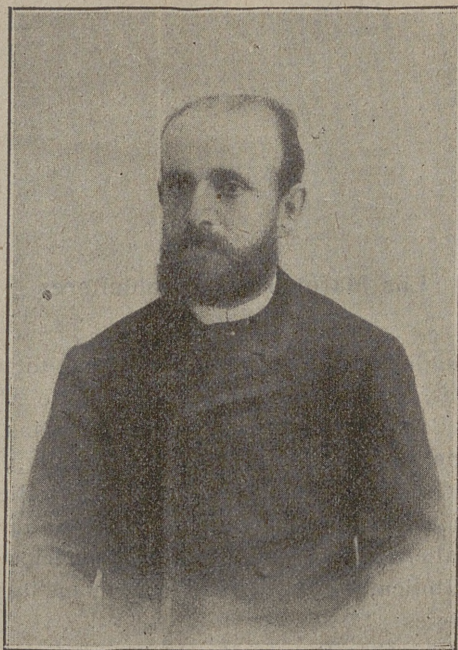
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este
En la imprenta de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este

Los Marqueses de Valdeflores

Don Antonio Rubio Velázquez de Velasco, tercer marqués de Valdeflores, nació en Málaga el día 30 de Abril del año de 1811; fué Caballero cadete de reales guardias españolas, Maestrante de la Real de Caballería de Sevilla, Gentil-hombre de Doña Isabel II, Senador del Reino, vitalicio, y Diputado provincial por Córdoba, en el reinado de aquella augusta señora, Caballero gran cruz de la real y americana orden de Isabel la Católica, y condecorado con la medalla de oro de las reales efigies.

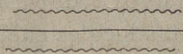
Cuando triunfó la Revolución de Septiembre del año 1868 se adhirió el Marqués de Valdeflores al Carlismo, al cual llegó a prestar numerosos y valiosísimos servicios; fué Presidente de la Junta provincial Católico-Monárquica de Córdoba durante el período revolucionario, así como también por el tiempo de la última guerra carlista, y falleció cristianamente en aquella capital el día 23 de Marzo de 1879.

Su digno hijo *D. Antonio Rubio y Góngora de Armesto, Marqués de Valdeflores*, nació en Madrid el día 17 de Diciembre del año 1847; también (como su señor padre) es Maestrante de la Real de Caballería de Sevilla, y desde joven se ha distinguido por su entusiasta adhesión a la Causa Católico-Monárquica. Ha sido durante muchos años Presidente de la Junta provincial carlista de Córdoba, en cuya provincia solamente había cuatro juntas locales cuando el Marqués de Valdeflores emprendió en el año de 1881 la reorganización de los



Excmo. Sr. Marqués de Valdeflores,
Presidente
de la Junta Provincial Jaimista de Córdoba

elementos carlistas de por allá, llegando a contar en breve con veintitrés juntas locales en aquella provincia, en la cual su esclarecido nombre constituye un verdadero y legítimo prestigio, querido y respetado hasta por los mismos elementos liberales.





Excmo. Sr. D. Cayetano Borso di Carminati

General Isabelino

avanzaron a la carrera por entre el horroroso fuego de los valientes granaderos de Oporto, que ocupaban el camino de Pauls, atacó a los portugueses a la bayoneta, les arrolló y conquistó sus posiciones.

Los isabelinos retirándose, pero peleando siempre con ardor y bizarría, fueron rechazados por los carlistas cuantas

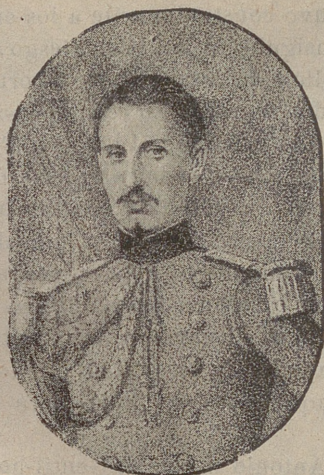
veces intentaron recobrar lo perdido, y, por fin, abandonaron sus posiciones.

La única esperanza del General Borso di Carminati estaba en el auxilio del General Nogueras; pero éste no llegaba; engañado por ingeniosas estratagemas del jefe carlista Pertegáz, se encontraba de observación por Mora de Ebro, sin atreverse a internarse por los caminos escabrosos y poco menos que impracticables que de Mora por Miravet y Pinell conducen a Cherta, *defendidos como lo estaban por los carlistas, lo cual le impidió dirigirse al último punto, y marchó a Gandesa para obrar desde allí según las noticias que adquiriese y órdenes del General en Jefe* (las subrayadas son palabras de la *Gaceta de Madrid* de 5 de Julio del año 1837).

Entre tanto, el General Cabrera se apoderó de tres lanchones que por el Ebro subían, destinados al General Borso di Carminati, con diez mil raciones, y la expedición de Carlos V pasaba por el ancho río sin ser molestada por las tropas isabelinas. Pero el General liberal Borso di Carminati se hallaba ya en posición difícil, harto peligrosa; podía ser arrollado y envuelto por las tropas carlistas; conoció lo grave de la situación, y emprendió resueltamente su retirada a Tortosa, perseguido incesantemente por la caballería Carlista a cuyo frente marchaba sobre un caballo blanco y envuelto en su fantástica capa encarnada el joven caudillo tortosino. Su enemigo Borso di Carminati huía, dejando doscientos cadáveres sobre el campo de batalla, y considerando el General Cabrera conseguido ya su objeto, desde el mismo lugar del combate, bañado en el sudor de la pelea, cubierto de polvo, embarcóse en una lancha y cruzó el Ebro, para saludar victorioso a su Rey, que había presenciado, orgulloso de él, aquel combate tan glorioso para las armas carlistas, y cuyo augusto señor le premió con la Gran Cruz de San Fernando.

Examinadas las principales obras relativas a las guerras carlistas, ocúrrenos ampliar lo anteriormente expuesto con cuanto a continuación se expresa:

El Teniente General isabelino Marqués de San Román, en su obra titulada *Campañas del General Orda* (páginas 156



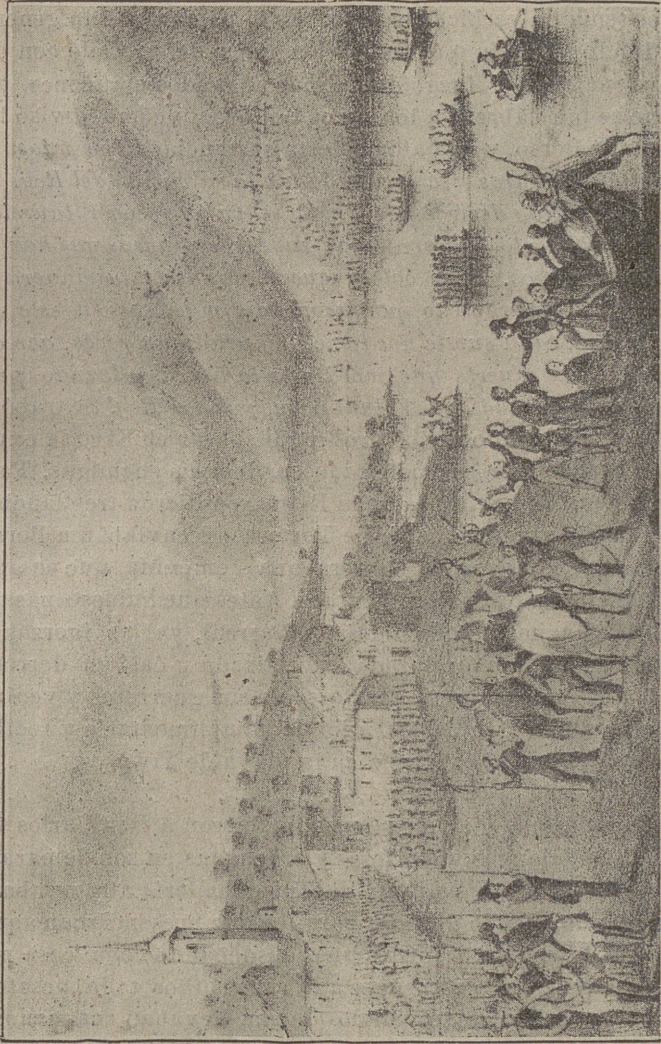
Sr. D. Juan Pertegáz,
Coronel Carlista

y 157) dice lo siguiente: «Desde que dió principio la retirada (de los isabelinos) trataron los enemigos de precipitarla, arrojándose furiosos encima; pero fué aquella maniobra ejecutada con el mayor orden, precisión y serenidad, y tanto por su mérito cuanto por la bizarría y regularidad que para resistir y acometer demostraron los soldados en esta jornada, seguida y sostenida entre un río caudaloso a un flanco y posiciones elevadas al otro, dominadas por el enemigo envalentonado, mereció fuese citada como ejemplo, y considerada una de las mejores evoluciones que para gloria de la brigada y de su inteligente y valeroso jefe se practicó al frente del enemigo en la guerra de Aragón. La caballería comprendió perfectamente uno de los más difíciles casos de su táctica de combate; cargando y rehaciéndose, aprovechando las estrechas zonas en que podían moverse los caballos y mostrando siempre su

bizarria, fué el orgullo de todos los valientes de aquella brigada. El escuadrón del Rey, mandado por el Capitán D. Tomás López, contuvo constantemente a los enemigos, y en una de las cargas consiguió, no sin gran riesgo de ser aniquilado, salvar a un batallón de cazadores de Oporto, cercado y cortado por triplicadas fuerzas. En recompensa de su admirable comportamiento, fué saludado al llegar a Tortosa con calurosos vivas y aclamaciones por la infantería de la brigada, que le recibió en orden de parada y con las armas presentadas. El Capitán López merecía mandar más de un escuadrón y fué ascendido a Comandante. La topografía permitió una buena retirada por escalones hasta el llano que hay una hora antes de Tortosa, y al llegar a él, la infantería formó sus columnas con tanta calma y serenidad, que los enemigos desistieron de su ataque y quedó libre para entrar y alojar en Tortosa.»

D. Ildefonso Antonio Bermejo, Gentil-hombre de Don Alfonso XII, en las páginas 393, 394, 395 y 396 del tomo primero de su obra *La Estafeta de Palacio*, dice así:

«En tanto que Don Carlos el día 29 de Junio, festividad del Apóstol San Pedro, le felicitaba en una ermita cercana a Benifallet con rendidas demostraciones de fervor ardiente, pidiendo su intercesión celestial para que fuese próspera la empresa que acometía, y su corte le imitaba en tan devota demanda, Cabrera, llegado a la mitad de Cherta, cuando le referían los obstáculos que presentaba el arrimo de las lanchas, y al no verlas donde él había dispuesto que estuvieran, se deshacía en maldiciones y transmitía a sus subalternos aquel ímpetu arrebatado, del cual nunca pudo ser señor poderoso en reprimirlo.... La reputación del General se hizo robusta con la celeridad de sus mandatos, porque ardía en ella la sangre y el espíritu de mayor gloria y de mayor dominio. Obrando y atreviéndose creció su celebridad, no con aquellos consejos perezosos que llaman cautos los tímidos; pronto se resuelven los ingenios fogosos y apresurados; jamás entró Cabrera dudoso en las dificultades, ni desdeñó las ocasiones; algo se detenía en deliberar, pero en resolviéndose obraba con confianza.



..... Pasa Carlos V el Ebro por Cherta

»Hechas todas las prevenciones, anunciaron al caudillo tortosino que se acercaba Borso con sus soldados, y voló a su encuentro para mantenerle distante del punto por donde Don Carlos tenía de verificar el paso. Es la palabra de un general acreditado armonía que llega a los oídos del soldado con deleite y enciende el fuego de los más apagados corazones, por lo que se fué Cabrera a los suyos tan pronto como divisó las huestes de Borso, y les habló en esta sustancia: *Hijos míos: no a mí sino a vosotros está encomendada la salvación del Rey. Yo solamente puedo deciros por donde se va a recoger laureles, pero a vosotros toca desviar las zarzas espinosas que han de herir las manos. Será ocioso que yo os enseñe la manera de hacinarlos con provecho, porque ya sois maestros en este oficio glorioso. Si la suerte nos tiene preparado un revés, acreditemos con la muerte que mordimos la tierra peleando, pero que no fuimos rendidos. Voluntarios, ¡viva el Rey!* Se trabó el combate, y al ruido de los tiros pudo pasar el Ebro la expedición carlista, sin ser molestada por fuerzas enemigas. Para mayor pena de las tropas de la Reina, perdieron tres lanchas cargadas de víveres que desde Tortosa se enviaban a Borso, contra las cuales mandó Cabrera una compañía, que se apoderó de ellas y de sus conductores. Antes que hubiese pasado el río la vanguardia que guiaba Villarreal, ya las fuerzas liberales se habían declarado en retirada y casi en derrota, por lo que pudo Cabrera apartarse de sus guerreros y venirse a donde estaba Don Carlos, a fin de cumplimentarle y recibir los parabienes de la victoria en la playa de Tivenys. . . .

»Con músicas y aclamaciones recibieron a Don Carlos sus numerosas falanges victoriosas y ordenadas en son de parada en la opuesta orilla, en tanto que la caballería atravesaba el río nadando, siendo glorioso para los que presenciaban aquel espectáculo ver a los jinetes que, desdefiando como cosa menor el empuje de la corriente, a la sazón alborotada, desatendiendo la brida del olvidado alazán, llevaban sus manos a sus boinas para agitarlas, gritando: *¡Viva el Rey! ¡Viva Cabrera!* Tres horas escasas empleó la expedición en repasar el Ebro.



Excmo. Sr. D. José Borges,
Brigadier Carlista

»Después de un pomposo besamanos celebrado en la misma playa de que acababan de posesionarse los expedicionarios, entró Don Carlos en Cherta bajo páblio, y fué conducido procesionalmente al otro día a la iglesia, en la cual se entonó un solemne *Te Deum* en acción de gracias, queriendo parecerse a los israelitas, que con cánticos de gratitud celebraron el paso del mar Rojo. Don Carlos dentro del templo, las campanas volteando y las bandas de las músicas militares reco-

rriendo las calles, no eran cosas para distraer a Cabrera acerca de lo que él consideraba como principal; y sin dar treguas ni reposo al vencimiento, buscando otros mayores, mandaba a Quílez a Aragón; a Llangostera le encargaba el acopio de vituallas para encerrarlas en Cantavieja; a Tallada le decía que buscarse dinero en Valencia, y a Forcadell le encargaba que permaneciera con su gente formando parte de la expedición de Don Carlos hacia Madrid.»

De la *Historia de la primera guerra civil* por el Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pírala, recortamos lo que sigue: «Habíale dicho Cabrera a Pertegáz, encargado de impedir el paso a Nogueras: *A usted confío este punto; nada tengo que advertir... tome usted sus medidas, y si Nogueras ataca, defenderse hasta morir.* Así lo prometió Pertegáz, diciendo luego a sus soldados:

«¡Voluntarios!: por vuestro valor en los combates habéis adquirido el renombre de heroicos tortosinos, y a mi petición os concedió S. M. el honroso e inestimable título de primer batallón de la serenísima infanta Doña María Teresa. El Rey ha determinado pasar el Ebro por Cherta. Nuestro General nos ha distinguido confiándonos la guarda del punto donde vamos. En vuestro nombre y el mío he prometido que Nogueras pasará por encima de nuestros cadáveres; de otro modo, no.

«La contestación fué: ¡Aquí moriremos si conviene! ¡Viva el Rey!

»Al llegar Pertegáz a su destino reunió los paisanos de Pinell, Prat de Compte y Pauls, con útiles y herramientas, y dividiendo a los doscientos de que pudo disponer, se empezaron a construir parapetos y a cortar maderas para interceptar los parajes practicables, y poderles pegar fuego en caso necesario. A la distancia de medio cuarto de hora de uno a otro, apostó soldados hasta una altura en que situó a vanguardia al capitán Besó con un piquete de cuarenta hombres; y corriendo la palabra sabía al instante los movimientos de Nogueras. En la mañana del siguiente día le avisaron que Nogueras estaba en Corbera, al mismo tiempo que llegaba un ordenanza de Cabrera reiterándole la orden de no dejar pasar a Nogueras, pues ya se divisaba la expedición real.



Excmo. Sr. D. Juan Balmaseda,
Brigadier Carlista

Pocos momentos después llegó otro ordenanza, avisando que Borso se había apoderado de Cherta; luego oyó fuego contra Borso, y recibió otro aviso de que éste iba en retirada hacia Tortosa, y que la expedición pasaba. El capitán Besó anunció al mismo tiempo que Nogueras se movía hacia Armas del

Rey, y le ocurrió a Pertegáz el siguiente ardid: *Envió una compañía al trote hacia la altura donde estaba Besó* (decía Pertegáz en su *Diario de operaciones*) *y previene a los soldados que subiesen de dos en dos con algún intervalo de unos a otros, y que al recibir la noticia de que la expedición había pasado el Ebro, diesen muchos saltos y vivas, tirando algunos tiros y las boinas al aire.* Nogueras estuvo en expectación de aquella algazara, y se retiró hacia Batea. Pertegáz permaneció en Armas del Rey hasta el día siguiente que recibió orden de retirarse a Cherta.»

De la obra titulada *Vida militar y política de Cabrera*, escrita por el Diputado a Cortes por Tortosa D. Buenaventura de Córdoba, son los siguientes párrafos: «Cabrera, al frente de la caballería, repitiendo: *muchachos, el Rey nos mira*, peleaba con resolución desesperada y ciega al recordar que su monarca, y la corte y el ejército le contemplaban y que el éxito de la batalla iba a desmentir o acrecentar su reputación y su nombre. Uníase a esto la circunstancia de ser extranjeros, portugueses, los enemigos y su jefe; y si durante la guerra de Cataluña en tiempo de Felipe V, los regimientos de Nápoles, Módena e Irlanda eran reputados por extraños en la patria y en la ley, así también ahora miraban los carlistas con odio profundo a la legión de Borso, y en cada soldado portugués veían un enemigo *mercenario* (esta palabra usa Cabrera en sus partes oficiales) como los antiguos catalanes en cada soldado extranjero un enemigo *hereje*. Decía Borso (en su parte oficial) que gradúa su pérdida en cien hombres entre muertos y heridos, y fué mayor la de Cabrera. Según éste consistió en 37 muertos, nueve oficialés heridos y ciento once soldados, y la de Borso en 280 hombres fuera de combate, muchos fusiles, tres grandes lanchones y diez mil raciones.

.....
 » Acudieron a Cherta muchas gentes de la comarca, y varios pueblos enviaban diputaciones para rendir homenaje al que era Carlos V entre los realistas, y Carlos el Pretendiente entre los constitucionales. Aunque ambulante y fugitiva esta corte, observaba todos los ceremoniales palaciegos



Excmo. Sr. D. Juan Polo,
Brigadier Carlista

»El gobierno de D. Carlos, después de haber señalado su entrada en Cherta con un hecho sangriento, una batalla, quiso marcarlo con un acto humanitario, un indulto.»

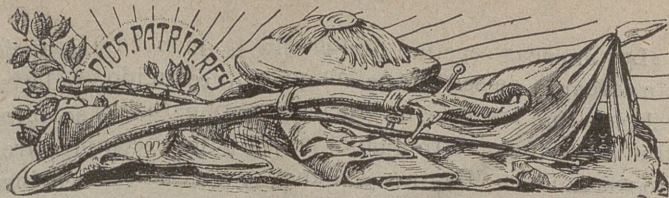
El Coronel Prusiano de Ingenieros Barón de Rhaden, testigo presencial de aquellos sucesos, en su obra titulada *Ca-*

brera, *Recuerdos de la guerra civil en España* explica el siguiente detalle: «En la barca del Rey había *Cabrera* extendido un tapiz de color de púrpura para sentarse. Convidó Su Majestad al joven héroe a que pasase a su lado. *Cabrera*, ignorando las costumbres cortesanas, se negó respetuosamente y tomó un lugar en la popa del barco que se mecía ligeramente al compás de la música, que saludaba al Rey desde el otro lado del río.»

Finalmente, D. Dámaso Calbo y Bochina en su *Historia de Cabrera y de la guerra civil en Aragón, Valencia y Murcia*, después de describir la victoria carlista de Cherta, dice lo que sigue, en la página 317: «El brillante hecho de armas que *Cabrera* había sostenido en Cherta fué enteramente atribuido al solo valor y dirección del caudillo tortosino; y por lo mismo, cuando, concluido el ataque, pasó a presentarse a Don Carlos, y decirle que podía pasar, pues no hallaría un solo enemigo con quien combatir, le contestó: *Nada me digas; todo lo he visto: jamás me saciaré de premiar a esos valientes*. Ébrio de placer al verse tan favorecido de la suerte, *Cabrera* atendía a todo, excepto a su persona: cubierto de polvo y de sudor y sin insignia alguna que indicase su graduación, apenas era conocido de los expedicionarios; los cuales, no habiéndole visto antes ni conocido, se preguntaban los unos a los otros quién era *Cabrera*, y los que le conocían lo indicaban con el dedo como un personaje que, en aquella ocasión, llegaba al apogeo de su privanza con Don Carlos, pudiéndose apenas distinguir por su traje entre los subalternos que le acompañaban. Seis lanchas, dos barcas grandes y varias almadías sirvieron para pasar el Ebro los expedicionarios, concentrándose en Cherta, a donde esperaba a Don Carlos un opíparo banquete, y a sus soldados las provisiones que los de *Cabrera* les ofrecieron en abundancia, para que pudieran reponerse del hambre que en Cataluña sufrieron. No quedó olvidada por parte de *Cabrera* ninguna clase de obsequio para con su Rey; la barca que le estaba destinada, y en la que también entró el Infante Don Sebastián, estaba vistosamente adornada; y los remeros que la conducían eran oficiales de los batallones del caudillo tortosino.

»Las músicas repetían himnos sin la menor interrupción, y sin embargo de ser Cherta un pueblo reducido, nada faltó en él para que los obsequios hechos a Don Carlos se aproximasen a los que en otro pueblo mayor le hubiesen proporcionado sus adictos. Mientras los unos combatían, los cocineros y reposteros que los encargados por *Cabrera* tenían preparados de antemano, se ocupaban, no muy lejos del campo de batalla, en componer exquisitos manjares, y para refresco, dulces y sorbetes delicados: de manera que, admirado Don Carlos al ver la profusión y delicadeza de su mesa, la comparó con las que hasta entonces le habían servido durante su correría por Cataluña, y vió que *Cabrera*, sin desatender las atenciones de guerrero, sabía usar oportunamente la de fino cortesano. Así es que las distinciones que recibió de su Rey fueron muy particulares: por el pronto no causaron celos a los más allegados, porque habiéndose batido *Cabrera* tan valientemente aquel día, librando a los expedicionarios de un verdadero conflicto, no extrañaban que Don Carlos, entusiasmado y agradecido, le honrase muy particularmente por aquellos días.»

Además de la Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando, confirió Carlos V al General D. Ramón Cabrera, con fecha de 3 de Julio de aquel mismo año de 1837, la Comandancia General de los reinos de Aragón, Valencia y Murcia.



XXIV

Herrera o Villar de los Navarros

(24 de Agosto de 1837)

Victoria obtenida por Carlos V sobre el Mariscal de Campo isabelino D. José Clemente Buerens.

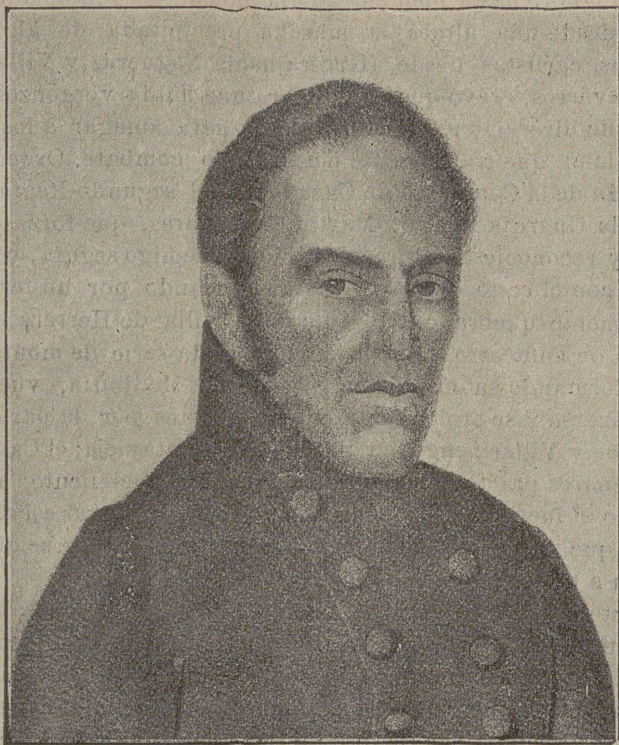
Al frente de su brillante división, que acababa de ser reforzada con un batallón de la Guardia Real y otro del provincial de Ávila, con la columna del Coronel Comes y con cuatro escuadrones que constaban de quinientos caballos, pretendió el Mariscal de Campo D. José Clemente Buerens, el día 24 de Agosto del año 1837, cortar el paso a la expedición de Carlos V, cuyo augusto señor hallábase a la sazón en Herrera, provincia de Zaragoza, con ánimo de seguir su marcha hacia Castilla por Campos Romanos, entre Cariñena y Daroca.

Dirigióse, al efecto, el citado General isabelino sobre Nogueras y Herrera, proponiéndose desalojar de este punto a los carlistas y esperar allí la reunión de las divisiones de su General en Jefe Oráa, a quien ofició avisándosele, si bien inútilmente, por haber sido interceptados los pliegos, cuya circuns-

tancia ignoró hasta bien entrada la noche; pero habiendo notado desde una altura la marcha precipitada de algunas fuerzas carlistas desde Herrera hacia Nogueras y Villar de los Navarros, creyó que aquello era una huida vergonzosa, y varió de dirección sobre la izquierda para amagar a los que suponía él que trataban de eludir todo combate. Ordenó al Capitán de la Compañía de Cazadores del segundo Regimiento de la Guardia Real D. Martín Colmenares, que forzase su paso y reconociese la dirección que el enemigo seguía, y continuó con el resto de las tropas de su mando por un terreno sumamente quebrado. Al frente de la villa de Herrera, y en forma de anfiteatro, se halla una dilatada serie de montañas que, formando su cúspide en la parte del Mediodía, vuelven a enlazarse y se prolongan a muchas leguas por la parte de Ejulebe y Villarluengo, en dirección de Cantavieja; el Capitán Colmenares practicó, efectivamente su reconocimiento, rompiendo el fuego sobre los carlistas, quienes al llegar a la altura de que ya hemos hecho mención, hicieron alto y se dispusieron a tomar la ofensiva.

Entonces el Capitán Colmenares tomó posiciones, pero aunque se vió en breve reforzado por el Regimiento provincial de Ávila, tanto éste como los cazadores de la Guardia Real tuvieron que retirarse al amparo del Regimiento de Caballería mandado por D. José de Coba, que cerraba la extrema izquierda y que en una brillante carga obligó a los carlistas a replegarse sobre las alturas inmediatas, desde las cuales rompieron nutrido fuego sobre la caballería isabelina obligándola, a su vez, a replegarse en uno de los barrancos, donde fué desordenada por la caballería carlista, la cual no se contentó con obtener aquella ventaja sobre la caballería liberal, sino que cargó sobre el Regimiento provincial de Ávila, envolviéndolo, arrollándolo, poniéndolo en desorden y haciéndole muchos prisioneros.

Entre tanto que por la izquierda eran deshechos los liberales, el General Buerens ordenaba al brigadier Solano que, con los cuatro batallones de la Brigada de su mando, ocupase las alturas de la extrema derecha, dejando en posición al primer batallón del segundo regimiento de la Guardia Real y al



Excmo. Sr. D. Vicente G.^z Moreno,

General Carlista

segundo del regimiento de Almansa, para acudir con ellos a donde lo exigiesen las circunstancias. El Brigadier Solano, con dos batallones del regimiento del Príncipe, ocupó una meseta donde desplegó sus fuerzas en batalla, sosteniendo vivo fuego, al que los carlistas contestaron con no menos ardimiento. Al propio tiempo que así se batía el Brigadier Solano, continuaba aun más porfiado el combaté en el centro y línea izquierda, la cual rota (como ya lo hemos dicho) por la caballería carlista, mandó el General Buerens formar en columnas de ataque a los regimientos de infantería de Córdo-

riamente ser agente de los agitadores por su arrojo y talento, y llegar por este camino al término inevitable a que conduce.

Largo rato paseó Clemente por su estancia sin llegar a ordenar sus pensamientos, y por fin, tras de largas reflexiones, concluyó que el proceso de Jorge sería sin duda largo, que tal vez tendría una solución menos trágica de lo que parecía anunciar aquella carta, y que en todo caso, si era posible, se debía evitar a su prima todas las angustias de esta incertidumbre, cosa fácil en Rosenhain, porque estando prohibida al profesor la lectura de periódicos, no se veía ninguno en el salón donde se reunía la familia, y sólo los recibía y leía Hansfelt. Apresuróse a escribir algunas líneas a su hermana Hilda, confiándole cuanto acababa de saber: y recomendándole, igualmente que a su marido, vigilar para que Gabriela no tuviera noticia de nada, y concluyendo así:

«Dentro de ocho días iré a Rosenhain, y entre los dos pensaremos, querida hermana, lo que convendrá hacer más tarde. Entre tanto, cuento contigo, que eres prudente y la amas.»

Nunca hasta aquel día habían hablado el hermano y la hermana del asunto de aquella carta, pero desde el principio se habían comprendido; así se encontraron completamente de acuerdo, y Florángel hubiera seguido ignorando largo tiempo lo que querían ocultarle, si no hubiese venido pocos días después una circunstancia imprevista a echar por tierra el plan que les habían dictado el cariño y la prudencia.

VII

«*Siempre* encontraréis pobres entre vosotros,» dice la predicción divina, y la experiencia humana añade: «Y los hallaréis *en todas partes*, a menos que, indiferentes o culpables, apartéis la vista voluntariamente de ellos.»

Sabemos que la señorita Josefina no pertenecía al número de los ciegos o de los endurecidos, de suerte que no tardó en tener tantas ocupaciones en Heidelberg como en París, con la diferencia, que para ella era una gran mortificación la de no poder entenderse aquí con sus pobres protegidos más que por gestos, rara vez bastante expresivos por ambas partes para ser comprendidos con facilidad, y esto la había obligado a renunciar a lo que para ella era el alma de la caridad, es decir, a las buenas palabras y a las conversaciones con que acompañaba sus visitas y sus limosnas.

—Con que supieran un poco de francés, estaría contenta, —decía; —y eso me parece que sería tan fácil para ellos, como imposible es para mí comprender el alemán.

En una palabra, no saber el francés y saber el alemán parecía a la señorita Josefina una cosa antinatural, y entre tanto, como los pobres se obstinaban en no hablar más que en su lengua, y no por eso había de dejarlos de socorrer, se había considerado dichosísima aceptando los servicios de Florángel como mensajera de caridad y como intérprete; así, todos los días a la misma hora iba a su casa la joven, ya para acompañarla, ya para recibir instrucciones e ir a dar en su lugar la vuelta cotidiana. Generalmente la encontraba en

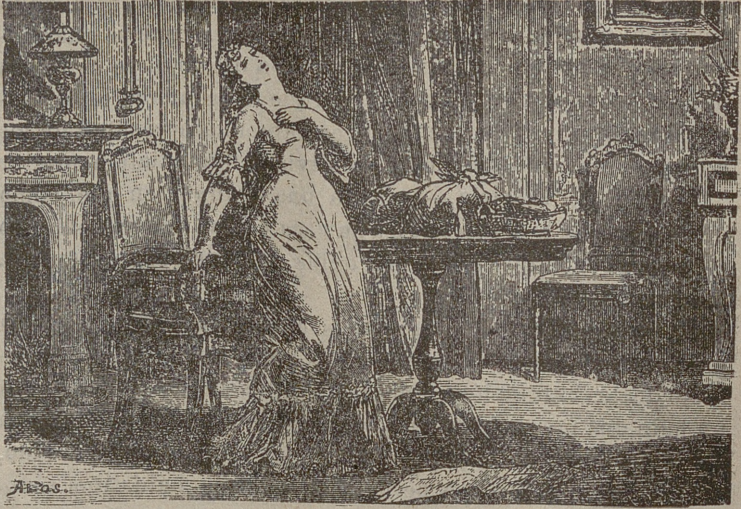
su laboratorio, es decir, en una habitación del piso bajo, cuyo principal mueble era un gran armario, en el que se guardaban toda clase de objetos destinados a distribuirse entre sus protegidos presentes y futuros, porque le agradaba estar provista de todo, y rara vez la encontraba una necesidad de los pobres careciendo del medio de aliviarla inmediatamente.

—Tomad, Gabriela,—le decía una mañana en que, como de costumbre, la joven llegó a su casa con su cesto en el brazo para recoger lo que aquel día debía de distribuirse:—tomad, todo está ya preparado.

Y le señalaba todos los objetos colocados sobre una mesa grande, que con el armario y dos sillas constituían el mueblaje de la habitación. En efecto, allí se veían por orden, a un lado dos pares de medias y un refajo de lana; a otro, una sopera con caldo, un papel con azúcar, una botella con vino, una petaca, y dos o tres periódicos. Además, había una redomita, cuyo contenido no era fácil adivinar sin explicación.

—Las medias y el refajo,—dijo la señorita Leblanc,—son para la madre de la niña, a quien llevásteis también ropa ayer; el caldo y el azúcar son para aquella viejecita que sabéis, y también esa botellita de agua de melisa, hecha por mí, que es muy buena; y por último, el vino y el tabaco son para aquel inválido, para el veterano carpintero, en cuya casa estuvisteis la semana pasada. Pude ayer llegar a comprender por su hija que el mejor regalo que podía hacer a ese pobre hombre, era darle de tiempo en tiempo algún periódico, de suerte que podéis darle esos que me han proporcionado. ¡Ah! a propósito, vuestro primo Clementé me dejó dos excelentes cigarros para él: los había olvidado: voy a buscarlos. Entre tanto podéis ir colocando todo esto en el cesto.

Y la buena señorita Josefina salió para ir a buscar los cigarros. Tenía para ello que subir al primer piso, pero nunca era perezosa cuando se trataba de hacer algún favor, sólo que no podía subir con gran ligereza, y para ir y volver necesitaba un cuarto de hora. Florángel entre tanto iba colocando en el cesto los objetos preparados, y ya iba a poner los dos periódicos, cuando su vista se fijó en algunas líneas de uno de ellos, que la hicieron estremecer. Le desplegó y se



Se le escapó un ligero grito y se le cayó el periódico de las manos.

puso a leer con afanosa curiosidad; de pronto se le escapó un ligero grito, cayó el periódico de sus temblorosas manos, un velo obscureció su vista, y cuando volvió su anciana amiga, la encontró en el suelo, pálida, yerta y sin conocimiento. No carecía la señorita Josefina, por fortuna, de presencia de ánimo ni de experiencia, por lo cual, arrodillándose junto a la joven, levantó su cabeza sosteniéndola con su brazo, mientras con la otra mano sacó del bolsillo un frasquito que la hizo aspirar. Devanábase los sesos entre tanto para adivinar qué había podido causar aquel accidente a una joven por lo regular tan serena y robusta, a tiempo que echó de ver el periódico que estaba a los pies de Florángel.

—¡Ah! —exclamó.—Habrás leído esas paparruchas y encontrado una mala noticia. Pero ¿qué noticia puede haberla puesto en este estado, gran Dios? ¡Pobre niña! Ayer decía que no se había desmayado más que una vez en su vida: el día en que en París se caía de debilidad y de hambre en nuestra casa.

La compasión y el recuerdo que acababa de despertarse

en su imaginación le causaron una doble emoción, y todavía sus ojos estaban henchidos de lágrimas, cuando Florángel abrió los suyos, y los fijó en ella con cierta expresión de sorpresa seguida de una recuperación imperfecta de la memoria. Levantóse lentamente, y antes de que la señorita Josefina hiciese ningún movimiento, la abrazó murmurando:

—¡Oh! querida señorita, ¿lo sabíais? ¿lo sabíais?

Jamás se había encontrado la señorita Leblanc en tamaño apuro. Decir que ignoraba completamente de qué se trataba, parecía que era pedir una confidencia de todo punto inoportuna en aquellos momentos; decir lo contrario tenía también otros inconvenientes: optó, pues, por esta leve mentira:

—Sí, sí, hija mía, —dijo:—pero ¿para qué hemos de hablar de ello ahora? Tranquilizaos, y guardad silencio, que ya hablaremos de eso más tarde. No tengáis cuidado, todo se arreglará con tal que toméis lo que voy a daros.

Y después de ayudar a Florángel a levantarse y de sentarla en una silla, corrió a buscar un vaso de agua, en el cual echó algunas gotas de melisa, verdadera panacea en sus manos, y le acercó a los labios de la joven Florángel, lo bebió todo, respiró profundamente, y dijo:

—¿Qué me ha sucedido?

—Nada. Algún vahído, y nada más.

—Es extraño, porque nunca me sucede.—Y pasándose la mano por la frente, exclamó de pronto:—¡Ah! ¡Dios mío! Ahora me acuerdo; pero ¿es cierto? ¿No será una mentira, o una fábula hecha de intento?

—¿Quién sabe? Quizá sí: se dicen tantas cosas...

—Pero decidme vos todo lo que sepáis.

—No, no, ahora no, Gabriela: no estáis en disposición de oirme. Haced lo que os digo: tranquilizaos, que ya hablaremos despacio.

Calló Florángel, mas al cabo de un momento se levantó diciendo:

—Ya estoy bien; ya he recobrado las fuerzas.

Recogió sus largos cabellos caídos en desorden sobre sus hombros, tomó el periódico y le guardó en el bolsillo, y en seguida cubrió su cabeza con el gorrillo de terciopelo guar-

ncido de piel, que se ponía generalmente en invierno para salir de casa.

—Gracias, señorita Josefina,—dijo,—y perdonadme. Ya estoy bien, pero por hoy no podré hacer las visitas que deseabais.

—Ya lo creo.

—Necesito volverme a casa en seguida.

—Seguramente, y yo os voy a acompañar. Es preciso que os acostéis, porque vos, que por lo regular estais pálida, tenéis ahora las mejillas como esto.

Y señalaba a unas cortinas color de grana que cubrían el hueco del balcón.

—No, no estoy mal,—dijo Florángel con los ojos animados.—El aire me aliviará. No tengáis cuidado: fué un vahído que ya pasó.

Como la señorita Josefina no tenía la menor idea de esta súbita indisposición, y en apariencia la joven parecía en efecto hallarse en un estado normal, no se opuso a su deseo de irse sola y a pie, porque la distancia era corta, y Florángel nunca había necesitado escolta para atreverse a cruzarla sin riesgo; así la dejó partir, y sólo la condujo hasta la puerta, donde se separaron diciendo:

—Hasta la noche.

VIII

Hacia un frío de cinco a seis grados; el gorrito que llevaba Florángel resguardaba su frente y dejaba descubiertas las trenzas de su espesa cabellera, que cubría con su capuchón cuando quería abrigarse del frío; pero en esta ocasión no pensó en tomar tales precauciones, sino que envolvió su cuerpo entre los gruesos pliegues de su capa, y echó a andar rápidamente. El aire helado y penetrante refrescaba su encendido rostro, ayudándole a recobrar las fuerzas, y salvo la desusada animación de su color y de sus ojos, ningún vestigio de desfallecimiento le quedaba cuando llegó al término de su paseo. No bien entró en casa, subió sin detenerse al primer piso, y después de dar un ligero golpe a la puerta, entró en una estancia situada entre la suya y la de Hilda, que servía de estudio a Carlos Hansfelt desde que estaba en Rosenhain. Cuando Florángel apareció, estaban juntos los esposos, y al verla hicieron un movimiento de sorpresa, y pararon la conversación como cortados. No se escapó a Florángel ese movimiento, y dijo con emoción, pero resueltamente:

—Adivino cual era el objeto de vuestra conversación, y es el mismo de que quiero hablaros. —Y viendo que su prima la miraba incierta sobre lo que debería responder, añadió:— Hemos convenido, Hilda, en que no me hablarías más del conde Jorge, hasta el día en que yo le nombrara primero. Pues bien, yo le nombro hoy, y vengo a pedirlos que me digáis lo que acerca de él sepáis. Tomad, leed eso, y referidme después todo lo que ignoro.

Y puso el periódico sobre la mesa. ¿Qué responder? Estaba tan serena, tan tranquila, tan decidida, que no era posible la menor reticencia. Hansfelt recorrió el periódico, y vio que el artículo que Florángel había leído no contenía pormenores, sino sólo la lista de los acusados y algunos comentarios bastante claros sobre la suerte que les estaba reservada, y entre los primeros nombres de aquella lista, figuraba el nombre del conde Jorge.

—¿De qué le acusan? ¿Qué crimen es el suyo?—preguntó Florángel.

Todavía vacilaba Hansfelt en responder; pero su esposa, conociendo mejor que él a la que le interrogaba, le dijo:

—Carlos, puedes y debes hablar; no debemos ya nada a Gabriela ocultar.

—¿Y por qué lo habéis hecho hasta hoy?—exclamó Florángel, tiñéndose su frente de rubor.—Comprendo: todos habíais penetrado mi secreto, que yo había creído tan bien guardado.

—No, no, yo sola, que nada puedo callar a Carlos, yo y Clemente.

—¿Clemente también?—dijo poniéndose más encendida.—Pero ¿qué importa? Yo nada oculto, y no quiero tampoco ignorar nada. Hablad, Carlos, y entendedlo bien: tengo ánimo; nada de reticencias. La sorpresa me ha desmayado un momento, pero ya estoy preparada a todo, y os escucho.

A pesar de esas palabras, cuando por fin Hansfelt se decidió a duras penas a satisfacerla, cuando empezó la relación circunstanciada de los hechos que habían llevado a Jorge al extremo peligro en que se hallaba, los colores que el frío, la emoción y la rapidez de la marcha habían dado a Florángel, desaparecieron, y les substituyó una palidez cada-
vérica.

—¡La Siberia o la muerte!—repitió dos veces en voz baja como si le costara tanto trabajo comprender cuanto proferir estas terribles palabras.

—Hay esperanza de que escape de la más terrible de estas sentencias,—dijo Hansfelt.

Florángel se estremeció. ¿Era de él de quien hablaban así? Y luego dijo:

—¿Y no hay más que esa alternativa, Carlos? ¿No pueden condenarle a prisión, a destierro? También esos son terribles castigos. ¿Por qué no hablar más que de esas dos sentencias, casi tan horrible una como otra?

—Su nombre, —respondió Carlos moviendo la cabeza, —su categoría, los favores de que en la corte han colmado a su familia y le han ofrecido a él mismo, agravarán su crimen a los ojos de sus jueces. Yo espero que le perdonarán la vida, pero...

—Pero las minas, la cadena, la espantosa y cruel Siberia... ¿Creéis que será condenado sin piedad a sufrir todos esos rigores?

Hansfelt calló: Hilda estrechó entre sus manos las de su prima, y pasó sus labios sobre su rostro descolorido.

—Ya es demasiado, —exclamó Carlos. —¿Por qué me preguntáis así, Gabriela? ¿Por qué. Hilda, me has dicho que la responda?

—Porque quiero saberlo todo, —replicó la joven irguiendo la cabeza que había reclinado un momento sobre el hombro de su prima. Y recobrando toda la firmeza de su voz después de un breve silencio, preguntó:

—¿Creéis, pues, que nada puede salvarle?

—Habéis pedido la verdad desnuda, Gabriela, y os la he dicho; según todas las probabilidades humanas, no hay duda de que no puede librarse de la suerte que le espera. Sin embargo, en Rusia suele acontecer que un capricho súbito del soberano detiene la mano de la justicia; pero sería engañaros si no os dijera que por ahora no hay esperanza de que pueda obtener clemencia; al contrario, todos dicen que la indignación contra él es mayor que contra los demás conjurados.

Quedóse un rato pensativa Florángel, y por último dijo:

—Gracias, Carlos. Me diréis cuanto sepáis, ¿no es verdad?
—Y cuando después de recibir una respuesta afirmativa, salió de la estancia, volvió de nuevo diciendo: —¡Ah! otra pregunta. No sé dónde tenía la cabeza para no haberos preguntado si se sabe cómo ha sabido y como ha soportado esta nueva su desventurada madre.

—Clemente ha oído decir que tan luego como la recibió en Florencia, se puso en camino para Petersburgo.

—¡A Petersburgo, en esta estación! Se morirá la pobre.

—No sé más; pero Clemente llegará esta noche, y tal vez traerá otras noticias.

Mas por la noche, a la llegada de Clemente, vencida Flor-ángel por las emociones y el cansancio del día, no estaba en disposición de dejar el lecho. Su tía velaba a su cabecera, y prohibió que viera a nadie en todo el día, aplazando su entrevista con Clemente para el siguiente. Este entre tanto se preparaba para la nueva prueba que le esperaba, averiguando minuciosamente cuanto había sucedido. Entonces refirió la señorita Josefina a todos lo que pasó en su casa, y en cambio se enteró con la mayor sorpresa de que ella había sido la causa real de aquel desmayo. De todos los sufrimientos de este mundo, los que más completamente le eran desconocidos son los que puede causar la pasión; así, no se hubiera sorprendido ni inquietado tanto, si la hubieran anunciado de pronto que su querida Gabriela estaba tísica o loca, pues a su tristeza se unía el terror que inspira lo desconocido y la completa ignorancia del remedio, con el convencimiento de la importancia. Ella, que para todos los males tenía siempre remedios, grandes y pequeños, no sabía ninguno que curara éste. ¿Cómo aquel personaje desconocido, cuyo nombre no había oído hasta entonces, podía haberse hecho de pronto tan importante para la felicidad de aquella querida niña, rodeada de tanto cariño y que tan feliz parecía entre ellos? Esto era a sus ojos un fenómeno más grande que saber alemán; pero resolvió estudiarle, porque, según decía, podía llegar un día en que encontrara algo que hacer en su favor, y no quería ignorarlo, para aprovechar lo que estuviera en su mano. Esta vaga esperanza para el porvenir consoló a la señorita Josefina de su incompetencia presente, y sirvió por el pronto de satisfacción a la desorientada abnegación de su buena alma.

IX

Al día siguiente ya no sentía Florángel ningún trastorno físico del anterior, y al despuntar el alba estaba en pie, como de costumbre. Envolvióse en su capa, se puso el gorrito de piel, y se encaminó a la iglesia a oír la primera misa. Cuando ésta se acabó, y se disponía a salir, vió a Clemente de pie a pocos pasos de ella, que la siguió, y salieron juntos. Era ya de día claro; pero el cielo estaba nebuloso, un viento fuerte levantaba la nieve, y apenas dejaron el abrigo de las paredes del templo, se encontraron en medio de una ventisca que hizo vacilar a Florángel. Clemente la sostuvo, conservó su brazo, y siguieron su camino en silencio. Temía el joven esta conversación, y recogía todas sus fuerzas para escuchar tranquilamente lo que le iba a decir; mas viendo que su prima guardaba silencio, él fué quien primero le rompió, diciendo:

—Anoche estábais enferma, Gabriela; no esperaba encontraros esta mañana en la iglesia tan temprano y con tal mal tiempo.

—¿Enferma? No. No estaba enferma, sino que había sufrido un gran desmayo. ¿Lo sabéis, Clemente?

—Sí.

Cambiadas estas sencillas palabras, estaba dado el primer paso. El fantasma de los pensamientos de Clemente estaba ahora vivo y presente entre ellos; pero los caracteres enérgicos prefieren las más duras realidades a las aprensiones, y hasta a las esperanzas vagas, y Clemente sintió acrecentarse su valor a medida que se arraigaba en su alma una abnegación más completa de sí mismo.

—¿Por qué, Gabriela,—la dijo después de un momento de silencio,—no me habéis seguido tratando con la confianza que me dispensábais en otro tiempo?

A esta pregunta respondió ella sin vacilar:

—Porque me había impuesto el sacrificio de no hablar jamás de él. Me le había impuesto,—prosiguió sin observar el estremecimiento de su primo,—porque quería olvidarle, y era mejor callar, hasta con Hilda, hasta con vos, Clemente. Mas ahora,—continuó con una especie de exaltación en que se confundían la alegría y el dolor,—ahora ya no pienso en eso: me parece que empieza una nueva vida para él y para mí, y eso que estamos separados como por la muerte; pero la muerte rompe los obstáculos y reúne también. ¿Qué os diré, Clemente? Me parece estar más cerca de él hoy que ayer, y a mi pesar me ocurre la idea, que sé que es una ilusión, de que podré servirle de un modo o de otro. De todas suertes, ya no tengo ningún motivo para ocultar lo que pienso, y esta ventaja al menos me sirve de gran consuelo.

Clemente la escuchó sin interrumpirla. Cada palabra suya era una puñalada; pero esto le aguerria, ni más ni menos que entre el estruendo del combate, hasta el extremo de no manifestar el temor de la muerte, ni la presencia de una herida por el menor signo de dolor exterior. En cuanto a la ilusión de que Florángel hablaba, era el postrer sueño de la ternura y del dolor, y no quiso contradecirla.

—Esperemos, prima mía,—dijo con voz serena.—¡Pueden surgir tantas circunstancias imprevistas durante un proceso como ese! No hay que desesperar. De todas suertes, prometeme, Gabriela, que desde hoy me volveréis vuestra antigua confianza: confianza para decírmelo todo, confianza para esperararlo todo de mí. ¿Olvidáis que me hicisteis esa promesa?

—No, Clemente y la renuevo. Sois mi mejor amigo; hace ya tiempo que os lo dije, y pienso ahora lo mismo.

Sí, se lo había dicho: él no olvidaba ni el día, ni el sitio, y su corazón latió con este recuerdo. Aunque apenas había cumplido los veinte años, aunque la rama de madre selva no estaba todavía seca, le parecía que habían mediado muchos

lustros entre este momento y el en que cambiaron idénticas palabras. Sin embargo, cuando terminada esta conversación, se separaron estrechándose la mano, quedó a Clemente de esta sombría mañana de invierno menos penosa impresión que de la hermosa noche de verano que a orillas del Necker y a la blanca luz de la luna había tenido una súbita y fatal revelación con un acento de aquella voz y con una mirada de aquellos ojos. Hoy, nada le había dicho que no supiera ya: a falta de dicha, abriase ante él un ancho campo de abnegación, y esto le bastaba para pensar que valía la pena de conservar la vida.

Aquel día y los siguientes pasaron sin ningún incidente nuevo. La necesidad de ocultar al profesor la preocupación de todos, les obligaba a hacer esfuerzos que no les eran inútiles, y menos a Floráγγελ, que continuaba sus quehaceres cotidianos, y pasaba el tiempo de costumbre junto al sillón de su tío, o bien en casa la señorita Josefina, o visitando a sus pobres protegidos. Pero revelábase una ansiedad febril en todos sus movimientos, y en la turbada expresión de sus ojos, cuando iba todos los días y a la misma hora a preguntar a Hansfelt las noticias de los periódicos.

Durante más de una semana nada nuevo vino a aumentar ni a consolar su angustia. Clemente había vuelto a Francfort, y los días pasaban interminables en muda y pesada agitación, cuando una mañana se presentó de improviso, con la noticia de que la princesa Catalina estaba en Francfort, y vendría al día siguiente a Heidelberg. Floráγγελ se estremeció. ¡La princesa Catalina! Todos los recuerdos que en pos de sí llevaba este nombre, se despertaron en ella con tal intensidad, que en el primer momento quedó como sofocada, y su voz y la palabra le faltaron a un tiempo.

—¿Y viene aquí?—dijo al fin.—¡A Heidelberg! ¿Qué puede traerla? ¿Cómo lo sabéis? ¿Quién os lo ha dicho? Explicaos pronto, Clemente.

Suplicóla éste que se calmase, y lo hizo poco a poco cuando su primo le dijo lo que había sabido el día antes por boca de la misma princesa. Sí: la princesa Catalina, sabedora a su llegada por su banquero el señor de Walthen, que el joven

Dornthal estaba en Francfort, le había rogado que pasara a su casa. Clemente fué, no sin emoción, y la encontró en un miserable estado de sufrimiento y de debilidad; mas con todo tuvo con ella una larga conversación, cuyo resumen era que al saber la fatal noticia había partido de Florencia viajando noche y día hasta París, donde cayó enferma; que a pesar de todo se había puesto en camino a los cuatro días hasta Francfort; pero que el médico le había dicho terminantemente que no podía continuar el viaje, especialmente para arrostrar el rigor del clima, mayor cuanto más se acercara a Petersburgo; y que en esta necesidad, había resuelto venir a Heidelberg donde esperaba que la asistencia de un doctor de esta población, aunque joven, ya famoso, la pondría en disposición de proseguir lo más pronto posible este triste viaje.

—Haré ese esfuerzo—le había dicho la princesa,—porque quiero vivir, acercarme a él si es posible, volverle a ver. Espero mucho de la asistencia del doctor C... y de vuestra prima Gabriela, con quien cuento, decídselo; y decidle también que estoy impaciente por verla, y que le suplico que venga a mi lado tan pronto como sepa que estoy en Heidelberg.

—¿Y llegará mañana?—preguntó Florángel conmovida.

—Sí, al anochecer. Voy a advertir al médico, y a preparar para ella la mejor casa de la ciudad; pero sin que me lo haya dicho, estoy seguro, Gabriela, de que cuenta con encontraros en ella a su llegada.

Contentóse Florángel con decir que estaría, pero su corazón latía con un gozo que nunca había creído sentir. Volver a ver en este momento a la madre de Jorge, ¿no era acercarse a él? ¿No era la felicidad de oír pronunciar su nombre, y de tener noticias suyas directa o indirectamente? No era, en una palabra, la realización de un sueño secreto que no se había atrevido a formular?

Al día siguiente, mucho antes de la hora señalada, estaba en la casa preparada para la princesa, arreglando los muebles del modo que sabía era más de su gusto, y procurando, por todos los medios, impedir que la tristeza exterior de los objetos agravase la de la pobre viajera, que llegó, en efecto,

al fin de aquel largo día, extenuada de fatiga, y sollozando en brazos de la joven. Ya había pasado el tiempo en que el último riesgo que temía para su hijo era la presencia de Gabriela. En ella la impresión presente borraba todas las demás, y por otra parte, su desgracia actual era bastante para absorberla enteramente: así, al ver a su joven protegida, no pensó más que en la ventaja de poseer su asistencia y su presencia precisamente en el momento en que más las necesitaba, y todo se borró de su memoria, menos su antigua simpatía hacia ella, que renació con más fuerza.

X

Una tibia luz alumbraba los objetos; ardía un buen fuego en la pequeña chimenea que al mismo tiempo que de utilidad servía de ornamento a la habitación cuya temperatura elevaba además de un brasero. La princesa estaba, como siempre, acostada en un gran sofá y resguardada por un biombo; junto a ella se hallaba Florángel cubriéndola los pies con un gran chal, sentada en un taburete, con el codo apoyado en una mesita llena de objetos que acompañaban a la princesa en todas partes, y en una actitud que le era familiar. Y sin embargo, todo había cambiado; no se trataba ahora de leer como otras veces, ni de seguir el curso más o menos pronto de sus habituales preocupaciones. Un solo objeto ocupaba con tanto afán a una como a otra. La pobre madre no cesaba de hablar de él con agitación, con abatimiento, con desesperación, y siempre con un dolor íntimo y desgarrador, al cual respondía otro igualmente profundo. Era la primera vez que estaba vencida por la desgracia la princesa Catalina, aunque no transformada, porque del mismo modo que conservaba instintivamente sus costumbres elegantes, subsistía su carácter arrebatado que se desahogaba en recriminaciones contra todos los que creía autores de la ruina de su hijo, para poder llorarle sin acusarle. Así decía que Fabián Dini había sido su ángel malo, porque él le había puesto en relaciones con el maldito Lasko. Florángel oyó temblando al ver su presentimiento tan pronto y tan fatalmente justificado, la narración de la llegada a Florencia de aquel hom-

LA HEROINA DE CASTELLFORT
EPISODIO CARLISTA

Historia completa de esta brava mujer, que en la pasada guerra empuñó las armas.

a 1'50 pesetas ejemplar

FOLLETOS DE PROPAGANDA REQUETENÓFILA

a 2'50 ptas. el 100

VAN PUBLICADOS:

N.º 1.—Esbozo del Programa Tradicionalista

N.º 2.—¿Por qué nos llamamos legitimistas?

CANTOS A LA TRADICIÓN

Tomo de poesías carlistas

1 peseta ejemplar

EL AÑO JAIMISTA

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1913

UNA PESETA

Consta de 164 páginas con varias láminas y cubiertas en tricromía, con más de 130 grabados y abundante y escogido texto

LOS CRÍMENES DEL LIBERALISMO

POR

JUAN M.^A ROMA

Libro de 128 páginas con cubiertas en colores que acaba de ponerse a la venta en todas las librerías de España

UNA PESETA

Añadiendo a su importe 0'30 ptas. se manda certificado

SELLOS DE DON JAIME

Hay en 4 colores

1 pta. 100 - 8 ptas. 1000

MEDALLAS DE DON JAIME

En aluminium.	0'25 ptas.
En bronce dorado.	2'— »
En plata.	7'— »

Primer Sorteo

DE

TRADICIONES PATRIAS

25 de Mayo de 1913

Números premiados

1. ^r premio.—Número	802	Barcelona
2. ^o »	»	160 Villarreal
3. ^r »	»	218 San Sebastián
4. ^o »	»	537 Zaragoza
5. ^o »	»	825 Tolosa
6. ^o »	»	848 León
7. ^o »	»	556 Eibar
8. ^o »	»	229 Santiago
9. ^o »	»	097 ³ Barcelona
10. ^o »	»	451 Madrid